Año III. Jueves 6 de Septiembre de 1894 Núm. 69.

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS

DE BARCELONA

EL PADRE JOSÉ

Anualmente venimos recordando la santa memoria del P. José, con especialidad en lo relativo á sus buenas obras. Continúan creciendo en frutos de bendición los trabajos que el Santo bendito sufrió en esta vida y las contrariedades que amargaron su delicado corazón, por cuyos caminos logró conseguir la santificación propia, no menos que lograr el establecimiento de escuelas y colegios, que desde entonces acá vienen verdaderamente laureados con bendiciones de acierto y de provechos.

Reciben los hijos de Calasanz al desvalido, á los hijos de nuestras casas, á los de los grandes y de los príncipes, inspirando en el corazón de todos el amor de Dios, la veneración á su santísima Madre y los sentimientos de piedad y de ternura. Con sólo asistir á las aulas de los Padres Escolapios, oída la Santa Misa y recibidos los Sacramentos; se forma caudal copioso de afecciones puras y desinteresadas, las cuales, con el tiempo, han de servir de argumento sencillo, pero concluyente, para desbaratar las mañas y habilidades con que una educación resabiada procura deslumbrar á los mismos doctores y maestros. Sucede lo mismo en orden á descomponer las arengas artificiosas con que una falsa política procura hacer pasar ante los jueces y los tribunales y ante el concepto público, las amarguras y engaños con que presenta sus malas artes un barniz de religiosidad y de cultura. Para todo esto sirve el candor de los niños bien dirigido y aleccionado por maestros hábiles, que insinúan en la entraña de la juventud como el veneno de las perfidias aparece revestido de ingenuidad y de buen consejo. Virtudes y letras son menester para sustentar el ánimo de los escolares, de suyo más inclinados al entretenimiento y á la frivolidad que á los ejercicios académicos.

Como prevención saludable contra las sugestiones de la misma urbanidad y de la cortesía, presentan los Padres Escolapios, en todo su valor, la dignidad y el poderío de las virtudes sólidas.

Es en aquellas aulas donde se oye, para repetirlo sin cesar, el eco de las significaciones propias; el eco también del análisis y de la composición no menos que lo agradable del artificio clásico. De sus resultas, los niños que disciplinaron las Escuelas Pías, hoy magistrados y príncipes de la Iglesia y de la sociedad, se dan á conocer por la gravedad y compostura de sus modos, y por la rectitud con que fallan los litigios y dirimen las contiendas públicas, honrando con sus fallos la escuela donde aprendieron el sí y el no como Cristo nos enseña. Laudable es, por tanto, que los padres de familia depositen en los Padres de escuela la confianza bien compensada por cierto en los desvelos del magisterio colegiado. Cada uno de los Padres ocupa su lugar y todos dan lugar propio á los alumnos excitados continuamente por la emulación propia entre premios y correcciones; pues estando unos y otros, mayores y menores, donde conocen corresponderles, son todos mutuo ejemplo de ingenuos estímulos; después el espíritu de San José de Calasanz trasciende á las academias públicas, donde se empeña el regular combate de las competencias y del mérito. Solos, y como abandonados de toda protección, los alumnos de la Escuela Pía esperan con plausible timidez la hora y el instante en que han de ser probados para ser conocidos. Ni acaba en esto la Escuela Pía. Pasado un curso, y al acercarse otro, preparan los Padres los temas y métodos que en el siguiente año juzgan más á propósito para obtener sucesivos provechos en la dirección y enseñanza de la juventud. De modo que de trabajo en trabajo, de virtud en virtud y de perfección en perfección, van subiendo los colegios el camino de la buena fama y la gloria de los trabajos plausibles. Ha menester de semejantes estímulos y de celo tan discreto una sociedad deslumbrada, sin dirección ni consejo y sometida al funesto imperio de novedades peligrosas que conducen á la confusión de las ideas y al trastorno de las cosas.

No se dirá que esto es poco hacer y poco merecer; pues preservando la juventud de extravíos y de resabios, se la llama á sentenciar con tino, con reflexión y prudencia sobre los excesos de la irreflexión sostenida por el amor propio.

Se hace mérito aquí de lo que vemos, de lo que oímos y tocamos; es decir, no se inventa ni se crean fantasmas; antes bien, se insinúa y descubre el cómo y el cuándo de disipar quimeras y desvanecer locuras. Ahí están las escuelas donde se enseña de buena voluntad lo que se aprendió llevados de buen espíritu y de santa vocación, pues no es dado á los mortales imaginar cosa más alta y digna de alabanzas que la discreta fatiga de formar el corazón de la juventud, mostrando las vías de la sólida piedad y de la fama verdadera.

De ordinario, y siguiendo el orden natural, las ideas preceden á las cosas; mas la revolución, sacando lo de abajo para colocar-

lo arriba, é invirtiendo todos los órdenes, se ha dado tales mañas para embrollar los conocimientos humanos, que tomando de lo material, de las novedades peligrosas y de nomenclaturas exóticas lección y norma para sacar de tal confusión reglas y métodos de enseñanzas, no se ocupa más que de lo material y de lo sensible, no bien aplicados, las reglas y preceptos que han de ser norma de las escuelas y guías de la juventud; y en vez de ejercicios intelectuales, morales, de verdadera aplicación académica, se ha colocado *la gimnasia*, por ejemplo, en lugar de las discusiones científicas y del análisis y composición propias de la táctica elemental; por manera que, desde mucho ha, y desde ahora especialmente, no habrá libros, programas, planes, ni género ninguno de imposiciones, que no recaigan como peso insoportable sobre la capacidad de los jóvenes, quienes, más que otra cosa, han menester ser ayudados de la voz sencilla y clara de los maestros, y de textos igualmente claros y precisos. Lo demás es hablar por hablar, recargar las enseñanzas y gravar con dispendios inúles é insoportables las casas y familias del alumno, al parecer extraviado por sistema. Hace bien quien procura ayudar, favorecer y llevar como de la mano al escolar, para quien cada una de las asignaturas es una novedad, cuya explicación ha de comunicarse de palabra y con la sencillez de los que, siendo directores, nunca pueden prescindir del título de padres. De otro modo, y por este laberinto de encrucijadas y caminos torcidos se llega muy pronto á la anarquía intelectual y moral. Lo primero es siempre lo primero, y antes que todo es necesario cuidar del entendimiento y del corazón, dado que para informarlos razonable y cristianamente se establecieron los colegios. Todavía se repite por los alumnos que aprenden y enseñan en las escuelas superiores los nombres del P. Juan, del P. José y del P. Manuel, etc. Lo cual bien declara que á los títulos de respeto van unidos los de gratitud y de confianza.

¡Gloria, pues, al P. José y á sus hijos, herederos de su espíritu é intérpretes de su voluntad!

De nuestro Palacio Arzobispal de Toledo, en la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, día 15 de Agosto de 1894, aniversario segundo de nuestro gobierno en la misma diócesis.

EL CARDENAL MONESCILLO Y VISO

JOSÉ DE CALASANZ Y SU OBRA PÍA

I

Fué el promedio del siglo XVI, cenit brillante del esplendente sol de las glorias españolas. Constituidas á fines de la anterior centuria la unidad política con el feliz casamiento de los católicos

reyes Isabel y Fernando, y la religiosa con el enseñoreamiento victorioso de la Cruz en los muros calcinados de Granada; descubierta, simultáneamente á tan faustos sucesos, otra parte del mundo, y hecho resonar en las salvajes selvas de la América la plegaria de Cristo; entrando el mundo civilizado con paso audaz y seguro por la escabrosa senda de los descubrimientos, con la brújula por norte, la pólvora como medio de conquista, y la imprenta como maravilloso recurso en el cual el pensar tiene amplia solidez y expansión adecuada; y siendo España la avanzada insigne de poderío y riqueza; fué para ella el alborear del siglo décimosexto el despertar tranquilo de una nación que tiene por trono la victoria, y en cuyos inmensos dominios jamás en absoluto reinó la noche.

Carlos I, el guerrero insigne que ciñó las águilas alemanas al león de España y asentó la planta de su corcel en las arenas del África, y Felipe II, el monarca más sombríamente tratado, y á quien el tiempo luchando con preocupaciones de secta va haciendo justicia, robustecieron el augusto legado que les fué conferido, y con ellos á la cabeza se desarrolló aquel grandioso renacimiento de nuestra vida nacional; reacción lógica de siete siglos de batallar constante y de desorganización completa.

Y con ellos y por ellos surgieron aquellos héroes que se llamaron Hernán Cortés y Pizarro, y aquellos guerrilleros como el duque de Alba y D. Juan de Austria; y con ellos y por ellos coronas potentes caían á los pies de las nuestras, y mundos desconocidos aparecían á los ojos de la vieja Europa, y hoy era Francisco I de Francia el que en las inmediaciones de Pavía hallaba su triste Guadalete, y mañana era Hernán Cortés el que arrancaba un pueblo de la ignorancia y del salvajismo y le enseñaba á creer en Dios y á hablar en la purísima lengua de Cervantes y Quevedo, que en el mismo siglo habían de inmortalizar con indelebles producciones... y con ellos y á la par que ellos brotó también en silencio primero, arrogante por sus obras después, tímida violeta oculta en el musgo que arrebata con su perfume, una de las más gloriosas figuras que con portentoso relieve se destacan más en el marco de oro de la Iglesia católica, cual si la Providencia hubiera manifestado solícito empeño de no dejar ningún orden de cosas de España exento de aquel torrente asombroso de grandezas y magnificencias.

Al decir de P. Croisset, José de Calasanz, hijo de don Pedro y doña María Gastón, ilustres por su cuna, nació en Peralta de la Sal, reino de Aragón, el día 11 de Septiembre de 1556. La historia del héroe, sus proféticos actos realizados cuando niño, sus maravillosos instintos, sus triunfos académicos en Lérida, Valencia y Alcalá de Henares, su fervor cristiano, su santa vida de ejemplo y de penitencia, el batallar contra sí mismo, y el rendir á las pasiones, empresa más difícil que guerrear mundos... cosas son

más para admiradas que para referidas, que los actos divinos que en el hombre se encarnan y por él se realizan, cuando son de tal monta y valía, parece que se manchan con contarlos, como blanca azucena que se colocara sobre campo de cieno.

¡Ah, no! Que hable por mí el envidiable obispo de Urgell que en Diciembre de 1583 ungió á Calasanz como representante de Cristo y recibió sus primicias del sacerdocio; que hablen por mí aquellos solitarios parajes y míseros pueblecillos de la accidentada diócesis en los que dejó un montepío, como precursor de su futura obra; que hablen por mí de su humildad las contestaciones á Felipe III renunciando obispados y dignidades primero, y el capelo cardenalicio después; y sobre todo y ante todo, que hable aquel fervoroso entusiasmo, aquel murmullo de admiración arrancado á las gentes que en 1593 le vieron subir de rodillas las amplias escalinatas de San Pedro, y mendigar después de puerta en puerta, y recorrer hospitales, y pedir en nombre de Dios una limosna para los niños, y con su propio y gigantesco esfuerzo, amparado por Dios, abrir las Escuelas Pías en Santa Dorotea de Roma el año 1599, fecha gloriosa y hecho feliz que asombró á la tierra y regocijó á los cielos, pues comenzó en aquel día la regeneración de la niñez, realizada en el nombre de Cristo.

La envidia, el áspid oculto en las flores de la grandeza, no dejó de acechar al santo hombre, y Soci y Pietrasanta y Querubini, obstáculos fueron que afianzaron más y más la obra del sabio fundador, que murió á los 92 años de edad, el día 27 de Agosto de 1648. Cien años después fué beatificado por Benedicto XIV, y Clemente XIII, en 1767, día de la Virgen del Carmen, lo canonizó quedando imperecedera memoria.

II

Murió el Santo, pero ni se extinguieron los resplandores y ejemplos de su virtud, ni murió su obra pía. Educar á la niñez en el nombre de Dios, despertar las inteligencias jóvenes á la vida de la instrucción, robustecer sus corazones, *hacer hombres buenos*, he aquí la tarea de José de Calasanz.

«El corazón de los niños,—ha dicho el clásico Quintiliano (1),—no solamente es blando para recibir las impresiones, y se presta como la cera al sello, sino que además es tenacísimo de lo que recibe; y así como la vasija conserva siempre el olor del licor primero que tuvo, y la lana blanca el primer color de que fué teñida, de la misma manera el corazón del hombre conserva por toda la vida los resabios de las instituciones primeras que en él se depositaron.»

¡Oh, sí! Por eso la obra de José de Calasanz, gloriosamente

(1) Lib. I, Inst. c. 1.º

perpetuada hasta nuestros días; por eso la educación cristiana de la juventud, es protesta viva y soberana contra ese pernicioso laicismo, que al dominar la enseñanza produce ó la estupidez del ignorante ó la epilepsia del anarquista.

Ved la obra de José de Calasanz, atravesando los siglos siempre enhiesta, siempre firme como peñón granítico ante el cual se estrellan y mueren tempestades bravías. Ved la obra del santo noble haciendo hombres honrados, enfrente del laicismo engendrador de sueños disolventes.

¡Bendito mil veces el sabio fundador que en estos días conmemora la Iglesia! ¡Benditos mil veces sus nobles hijos y continuadores!

Sus obras serán eternas; sus obras no morirán, como eternas y sin morir son las cosas que de Dios dimanan y en la caridad y en el amor al prójimo se inspiran. ¡Consecuencia del verdadero principio de fraternidad sellado con sangre del Redentor en los peñascos del Calvario!

Cristo lo ha dicho y Cristo es la Verdad. ÉL bendice la obra. *Et qui susceperit unum parvulum talem in nomine meo, me suscipit*, dice el capitulo XVIII del Evangelio de San Mateo: «Y el que recibiere un niño tal en mi nombre, á mí me recibe.»

Barbastro y Agosto de 1894. RAFAEL LUCAS MARTÍNEZ.

LA FIESTA DE SAN JOSÉ DE CALASANZ

EN EL COLEGIO DE SAN ANTÓN DE BARCELONA

Para evitar toda sospecha de parcialidad, trascribimos de uno de los Diarios que se publican en esta Capital la siguiente relación de la fiesta que los PP. Escolapios celebraron, el día 27 de Agosto, en honor de su ínclito Patriarca.

Dice así el Diario aludido:

«Con gran pompa solemnizaron los Padres Escolapios de esta ciudad la fiesta de su ínclito Patriarca San José de Calasanz.

»Por la mañana, en la iglesia del Colegio se celebraron los Divinos Oficios, á los que asistió gran concurrencia. Por la capilla de música de la Catedral, y bajo la dirección del señor Marraco, cantóse á orquesta una hermosa misa; siendo celebrante el reverendísimo Padre Calasanz Homs, Procuradorgeneral de la Orden en Roma y que se encuentra de paso en esta ciudad.

»Ocupó la sagrada Cátedra el ilustre Consultor de la Congregación del Indice reverendísimo Padre Eduardo Llanas, quien pronunció un extenso y magistral discurso acerca de la primacía que ejerce San José de Calasanz en la enseñanza de la juventud.

»Difícil nos sería, en rápida reseña periodística, condensar los profundos conceptos vertidos por el Padre Llanas en su discurso; y así sólo mencionaremos el pensamiento dominante en éste, ó sea que San José de Calasanz fué el primer hombre que comprendió que la reforma de la sociedad debía tener su origen en la enseñanza de la juventud, á lo cual obedeció la fundación de la Escuela Pía. Esta empezó su existencia en tiempo oportuno, teniendo que luchar con obstinadas preocupaciones, por lo cual se acarreó poderosos enemigos. Mas el Santo, que todo lo esperaba de la Providencia, no se amilanó, y predijo la prosperidad de su Instituto, del cual, andando los tiempos, copiaron otras corporaciones religiosas el procedimiento docente. Por otra parte, la acción de la Escuela Pía debió ser universal, ó sea abarcar á toda la sociedad; de modo que cuantos sofísticamente han querido restringir esa acción, han desconocido la índole de la Orden escolapia y el pensamiento de San José de Calasanz, que no era otro sino conseguir la reforma de la sociedad, debiendo tener ésta su origen en la educación cristiana de todos sus individuos.

»Tales fueron, reseñadas aquí desaliñadamente, las principales ideas con elocuencia explicadas por el Padre Llanas y con derroche de erudición y de talento.

»En la función de la tarde, después de cantada la hermosa *Corona de las Doce Estrellas*, subió al púlpito el joven orador reverendo Padre Luis Falguera, quien estuvo muy elocuente, demostrando que la obediencia, la pobreza y la castidad, á que se mantuvo sujeto San José de Calasanz, llevan en sí el único remedio del presente estado social.

»Esto en cuanto á funciones religiosas; porque, puestos á reseñar, no consideramos inoportuno decir que por la tarde y en el salón de actos del Colegio hubo también una velada musical, que no por ser íntima, ó sea, constituyendo el auditorio los Padres y algunos de sus amigos, dejó de merecer los honores de excelente concierto.

»Llenaron el programa algunas obras del reverendo Padre Pablo Gené, ilustre compositor y orador sagrado que, después de ocho años de ausencia, ha regresado de la isla de Cuba, donde adquirió gran reputación artística, y del cual se ha ocupado también, con diversos motivos, la prensa española.

»El Padre Gené ha escrito música sagrada y profana que ha merecido calurosos elogios. De la primera forman parte la gran *Misa Pompiliana* y la *Monacal*, con algunas composiciones sueltas; y de la segunda la *Batalla de Bailén*, universalmente encomiada, y algunas piezas de concierto magistrales.

»Algo de ello pudo ser apreciado y aplaudido en la fiesta íntima en que nos ocupamos, quedando los concurrentes á la misma, altamente complacidos.

»Así se solemnizó la fiesta de San José de Calasanz en el Real Colegio de las Escuelas Pías, y el recuerdo de ella merece quedar imperecedero en la mente de todos los concurrentes á la misma.»

Por nuestra parte, sólo añadiremos que una gran parte del exito de la brillante velada musical debióse al R. P. Pedro Muntadas, Rector del Colegio de las Escuelas Pías de Guanabacoa, y que accidentalmente se halla en Cataluña. Acompañado por el P. Gené cantó con su hermosa voz de baritono las piezas *Jesús als Pecadors*, *La ovejita* y *Plegaria á nuestra Señora del Sagrado Corazón*, arrancando nutridos y entusiastas aplausos. El P. Muntadas con su voz de baritono, robusta, sonora y bien timbrada, con su dicción sentida, elegante y cadenciosa, y con la interpretación perfectamente artística que dió á las composiciones del P. Gené, puso de realce las bellezas de estas últimas, y acreditó ser un cantor de primera fuerza, superior á no pocos que gozan justa nombradía por haber sabido entusiasmar á los concurrentes á nuestros grandes teatros.

J. B. J.

De *El Noticiero Universal*, de Barcelona, tomamos el siguiente artículo, referente al nuevo Seminario que los PP. Escolapios de Barcelona han construído en la vecina villa de Sarriá, y cuya inauguración se anuncia para mediados del corriente Septiembre:

«Palacio de la Enseñanza.—Las Escuelas Pías.

»Próxima la inauguración del curso escolar de 1894-95, y noticiosos de que la ínclita orden fundada por San José de Calazanz hallábase terminando en los alrededores de Barcelona un edificio destinado á los alumnos internos del Colegio que en esta ciudad posee, diéronnos esta mañana ganas de visitarle; que al fin y al cabo cada palacio de la enseñanza, cada templo de la educación, reviste para nosotros importancia excepcional, es un monumento por todos conceptos venerable... Como pensamos hicimos, y al promediar el paseo de la Diputación entre la Bonanova y Sarriá, por amplia carretera (hoy calle de la Escuela Pía) subimos al *Escorial barcelonés*, que así llaman al nuevo Colegio los habitadores de aquella parte del llano y de aquella parte de la montaña.

»Porque entre el llano y la montaña está situado. Del llano tiene las excelencias inherentes á la proximidad del Mediterráneo; de la montaña, las vistas panorámicas deleitosas y el ambiente fresco, purísimo, respirable, que llena de oxígeno y de aromas los pulmones. No entraremos en descripciones técnicas y minuciosas. En breve nos prometemos publicar una vista del edificio,

y para entonces reservamos los datos y las estadísticas. Por hoy, sólo queremos dar la resultante de nuestras impresiones.

»Allá, detrás del Parque de la Montaña, sesgando el montecillo de *can Vilana* y cerrado por alto y blanco muro que sigue los declives y ondulaciones del terreno, álzase majestuoso y atrevido el Colegio-internado de las Escuelas Pías. Espacioso jardín oficia de vestíbulo, blanca gradería invita al ingreso; y una vez dentro, galerías extensas, ricas en aire y en luz y en sol, convidan al esparcimiento y á la delectación. Recorriendo el edificio hemos visto, en primer lugar, higiénicamente acondicionadas, las crujías de los dormitorios de los doscientos alumnos que allí tendrán alojamiento, y las habitaciones de los padres escolapios profesores; los comedores pródigos en ventilación; las clases que nada tienen que envidiar á las mejor instaladas; el salón de dibujo, fácilmente convertible en salón teatro por su capacidad é iluminación; el salón de actos, rica y espléndidamente decorado, con un pavimento que hace honor á los mosaicos de la casa Nolla; la capilla, de rico artesonado y holgadas tribunas; las salas de estudio, dignas de ser encomiadas por los pedagogos más exigentes; los gabinetes de física, química é historia natural, espléndidamente dotados, y cubiertos los muros por vitrinas que á los techos llegan.....

»Allí están atendidas todas las necesidades. Abunda el agua, precioso y poderoso elemento de limpieza; los pararrayos señorean las altas techumbres, para restar á las nubes sus excesos de electricidad... El hierro y la piedra y el ladrillo, son los materiales usados principalmente en tan magistral construcción; y si los que de la vida positiva se preocupan, no pueden menos de cantar alabanzas y sentirse regocijados en el interior de esta opulenta mansión, los devotos de la estética, nada tienen que reprochar á su exterior, porque aquellas fachadas de líneas severas, airosas y elegantes; aquellas torres que dominan magnífico panorama; aquella torre central de 65 metros de altura que impera toda la llanada de San Andrés á las costas de Garraf, son otros tantos plausibles atrevimientos de la inventiva feliz de larquitecto Sr. Mariné, quien, si no tuviera otros diplomas de su aptitud, con el palacio de los hijos de Calasanz, tendría bastante para perpetuar la memoria de sus hechos.

»A este palacio acudirá seguramente Barcelona para contemplar fábrica tan hermosa y tan completa. Si en torno de la ciudad condal, surgen por docenas las edificaciones destinadas á monacal residencia de seres que á la vida contemplativa se consagran, entre todos ellos destácase la nueva Escuela Pía como pregonando, con su doble significación de casa de Dios y casa de la ciencia, que en los modernos tiempos se impone el refrán de *á Dios rogando y con el mazo dando* al muy socorrido de *fíate de la Virgen y no corras*. En aquel edificio, en aquel templo,

en aquel colegio, tienen las generaciones venideras su casa *payral*. De allí han de salir ciudadanos continuadores y completadores de los hechos acometidos por la presente generación; hombres aptos, hombres vigorosos, hombres de corazón y de inteligencia; que allí en pleno disfrute de las delicias de la naturaleza, y en cultivación plena de los adelantos científicos, los cuerpos se harán fuertes para resistir, y los entendimientos conseguirán los impulsos necesarios para acometer y propulsar.

»Parécenos justo dedicar un aplauso al entendido contratista de la construcción Sr. Roig, y parécenos oportuno dar la enhorabuena al pueblo de Sarriá. Con el nuevo colegio, á su término municipal se prepara nueva y fecunda vida. Debe, pues, corresponderla con aquellos trabajos de urbanización que le competen. Los Escolapios van á Sarriá; Sarriá debe á los Escopios cariño y gratitud.

»Felicitamos á las Escuelas Pías barcelonesas por la buena idea de situar su internado al pie de las vecinas montañas, y felicitamos por adelantado á los internos y á sus familias. Si todos los centros de enseñanza estuvieran montados sobre iguales bases que este que nos ocupa, otro sería el porvenir de la sociedad, y otros serían los hombres del porvenir.»

EXCESOS DE LA EDUCACIÓN LAICA

Ya que en el presente número nos ocupamos con repetición en la índole y frutos de la educación calasancia, vamos á decir algo, así como á manera de contraste, de los podridos frutos que da el árbol de la educación laica, con tanto esmero cultivado y protegido en la vecina República. Precisamente en estos mismos días se ha abierto una información oficial acerca de los resultados obtenidos por Mr. Robin, que hace catorce años ha implantado la más cruda educación laica en el orfanato de Cempuis, del cual es Director oficialmente reconocido. Ese orfanato, fundado por Mr. Prevost, proporciona educación á ciento cincuenta niños y niñas, que deben contar de 4 á 17 años, y el presupuesto del mismo, que asciende á doscientos mil francos, está alimentado por los fondos de las contribuciones del Departamento del Sena. Nadie es admitido en el orfanato sin la autorización del Prefecto del Departamento. Así que, el orfanato Prevost, aunque debido á la iniciativa particular, es un establecimiento genuinamente oficial, ya que el Consejo General vota los fondos con que se sostiene y el Director de la primera enseñanza forma parte de la comisión de vigilancia.

Ese establecimiento público de educación laica gozaba de una fama tan dudosa, que *Le Matin*, diario republicano y guberna-

mental, tomó á su cargo practicar una información verídica acerca la clase de enseñanza que se daba á los pobres huérfanos puestos bajo la dirección de Mr. Robín. De la información resultó perfectamente comprobado, que la enseñanza dada en el orfanato era sistemáticamente impía, inmoral y anarquista. La acusación tan en crudo formulada estaba apoyada, no sólo en el testimonio de las personas que viven en la vecindad, sino en las declaraciones mismas del Director del orfanato. Además, esa acusación ha sido corroborada por una información llevada á efecto por encargo de uno de los Diarios más serios de París, tan republicano y tan gubernamental como *Le Matin, Le Temps.* Las revelaciones hechas por estos dos diarios, han impresionado fuertemente á la opinión pública, y han motivado recientemente una información oficial decretada por el Gobierno, la cual ha venido á confirmar los datos aducidos por los periódicos, motivando la destitución de Mr. Robin. Esta destitución ha sido una satisfacción, aunque incompleta, dada á la conciencia pública, sobradamente alarmada por los excesos á que conduce una educación sin Dios y sin moral positiva.

Sabido es que en las escuelas públicas de Francia, bajo el pretexto de respetar la libertad de conciencia, se halla proscrita la enseñanza religiosa, recibiendo todos los alumnos oficiales una educación completamente laica. Pero en el orfanato de Cempuis se va más allá: se profesa el materialismo más grosero. Su Director ha confesado á los representantes de los periódicos investigadores, que él profesa los principios del positivismo, y que en consecuencia basa la educación de sus alumnos en la negación rotunda de toda idea religiosa. «La idea de Dios,—les dijo,—es un producto de la imaginación, sin ningún fundamento científico, y no ofrece ninguna utilidad práctica». En estos principios educa á los niños que le han sido confiados. El redactor de *Le Temps,* resume en esta fórmula la educación que se da en Cempuis á los desgraciados huérfanos que allí se albergan: «Ni Dios, ni patria, ni moral.»

Uno de los caracteres particulares del laicismo educador de Mr. Robin, consiste en que su método reposa sobre lo que él llama *coeducación de los sexos,* y que mejor se llamaría grotesca promiscuidad. No sólo van juntos y se confunden niños y niñas en las clases, en los talleres, en el paseo, en la mesa, en los viajes, en el juego y los sitios de expansión; sino que juntos se dirigen á las playas del mar, y allí á la vista unos de otros se desnudan, y en completa desnudez se lanzan al baño ó se entretienen en la arena ó juegan con las olas. En igual estado se bañan en la piscina del orfanato. Ese hecho repugnante ha sido atestiguado por el alcalde de Mers, sitio escogido por Mr. Robin para que se bañen sus alumnos y alumnas en la época de vacaciones. El espectáculo vergonzoso que ofrecían los huérfanos y huérfanas,

bañándose mezclados y completamente desnudos, levantó unánime protesta entre los bañistas concurrentes, y fué preciso que la autoridad interviniera para obligar á los educandos á usar traje de baño.

En los alrededores de Cempuis se ha formado pésimo concepto del orfanato Prévost, dirigido en sentido contrario á todas las prescripciones de la moralidad. El orfanato es un verdadero centro de libertinaje, donde el pudor es completamente desconocido. Los habitantes de la vecindad, temerosos de contaminarse, ó de perder su reputación, se abstienen de todo trato y comunicación con los albergados en el orfanato, sean pupilos, sean profesores ó directores.

Que tan corruptoras enseñanzas pudieran darse, durante catorce años, en un establecimiento libre, sería ya eso altamente reprensible, por ser vergonzosamente escandaloso. Pero ¿cómo calificar ese hecho, tratándose de un establecimiento oficial, sostenido con el dinero de los contribuyentes, y puesto bajo la vigilancia directa de la administración departamental? Gravísimos cargos se han formulado contra el Prefecto, por haber permitido durante tanto tiempo esa inmunda sentina de putrefacción moral. En justificación de su conducta ha alegado el Prefecto, que en la visita girada al orfanato Prevost por la Inspectora general del Sena, nada reprensible denunció en aquel Establecimiento. Pero ¿saben nuestros lectores quién era esa Inspectora general? Pues era Mme. Kergomard, hermana del apóstol del anarquismo, Eliseo Reclús, la cual se habilitó para esas funciones yendo en persona á lanzar los crucifijos de las escuelas, limpiando á éstas de «esos despreciables vestigios de las supersticiones de la Edad Media.» ¿Cómo había de reprobar esa mujer la educación atea, antipatriótica y antimoral, adoptada en el orfanato Prévost?

También ha aducido en su favor el Prefecto, el hecho de que el método de educación adoptado en Cempuis ha recibido la plena aprobación del Consejo del Sena, y que las teorías socialistas avanzadas, profesadas por Mr. Robin, eran bien conocidas del Consejo, ante el cual gozaba gran favor el Director del orfanato, que por ese motivo era mantenido en la dirección del Establecimiento. Pero el Consejo General del Sena es en su mayoría socialista, y no es de extrañar que apoyara á un correligionario suyo. Mas para evitar esas arbitrariedades está el Prefecto, quien jamás pudo consentir en la perversión sistemática de los infelices huérfanos recogidos por el Estado para hacer de ellos ciudadanos dignos y honrados. Ni podía el Prefecto consentir la destinación que se daba á los fondos de los contribuyentes, empleándoles en preparar hombres enemigos de todo orden social, y de toda noción de deber y de decoro.

Afortunadamente el Ministerio ha seguido en esta cuestión un criterio más elevado. Mr. Leygua, Ministro de Instrucción pú-

blica, puesto de acuerdo con el Ministro del Interior, ha ordenado una investigación oficial, y resultando comprobados los excesos denunciados por el *Matin* y el *Temps*, ha sometido la cuestión al dictamen del Consejo de Ministros. Éste ha ordenado la inmediata destitución de Mr. Robin, y el saneamiento moral del orfanato Prevost. La francmasonería, que doce años atrás fué bastante poderosa para mantener en la dirección á Mr. Robin, á pesar de los abusos de que se le acusaba en la educación de los huérfanos, nada podrá ahora contra la determinación del Ministerio Dupuy; pues la orden de destitución ha sido trasladada al Prefecto, para que inmediatamente surta sus efectos. Es otra partida que ha perdido la masonería en la gestión política de la vecina República, desde el nefando asesinato del último Presidente. Hacía ya muchos años que el Gobierno francés capitulaba siempre ante las exigencias de la francmasonería, y era ya hora de que sacudiera ese yugo ominoso.

E. Ll.

CONGRESO CATOLICO DE TARRAGONA

Hermosísimas Pastorales han publicado nuestros Reverendísimos Obispos, ponderando á sus diocesanos la conveniencia altísima de concurrir al mayor esplendor del Congreso Católico que debe celebrarse en Tarragona, durante la segunda quincena de Octubre. Coleccionando esas Pastorales, se formaría un curioso volumen, que sería la más completa apología de los Congresos católicos, pues allí se hallan elocuentemente expuestas las razones potísimas que han dado nacimiento y forma á esas imponentes Asambleas, y las ventajas que de ellas puede reportar la acción católica. También podrían figurar en ese volumen las alocuciones dirigidas por las diversas Juntas Diocesanas á los católicos de acción, recomendándoles la asistencia al Congreso, ó cuando menos la inscripción en las listas de socios honorarios ó titulares. Entre estos y aquellos documentos, todo al parecer, queda dicho, y árduo empeño contraería quien se propusiera añadir algo sobre esta materia.

Con todo, la mayor parte de las Pastorales de los señores Obispos y las cartas circulares de las Juntas Diocesanas, pasan por alto una circunstancia muy atendible, y que será como la característica del Congreso tarraconense. De esa circunstancia se ha ocupado la Junta Diocesana de Valladolid en los términos siguientes: «Además, el Congreso se propone abrir una amplia información acerca de las causas que hayan hecho en parte ineficaces los acuerdos de los anteriores Congresos sobre esta interesantísima materia, estudiando á la vez los medios prácti-

cos que se estimen más oportunos al objeto de orillar dificultades y conseguir en breve plazo el resultado feliz que se desea.»

Con verdadero interés esperamos los resultados que darán las discusiones que habrán de entablarse acerca de la ineficacia de los acuerdos tomados en los anteriores Congresos. Y no es que nos hagamos la ilusión de que este punto quedará suficientemente aclarado. Es esta una materia asaz vidriosa para tratada en discusión pública y solemne. Bien consideradas las cosas, acaso se hallarían dos géneros de óbices á la realización práctica de los anteriores acuerdos: unos que proceden de arriba; otros que proceden de abajo. Entendemos que los encargados de hacer ejecutar los acuerdos de los Congresos, son principalmente los señores Obispos, y sólo ellos pueden decir á ciencia cierta cuáles son las verdaderas causas que les han impedido llevar al terreno de la práctica las resoluciones adoptadas en los Congresos de Madrid, Zaragoza y Sevilla. No sabemos si la prudencia les permitirá ser bastante explícitos sobre este punto de suyo delicadísimo. Quizás tendrían que formular cargos demasiado graves sobre los jefes de diversas agrupaciones, sobre individuos de respetables corporaciones, sobre los directores de no pocas agrupaciones católicas. En asamblea de Obispos, podrían éstos decir lo que acaso juzgarán prudente callar en las varias Secciones del Congreso, donde sería fácil que la discusión adquiriera tonos demasiado vivos y diera resultados contraproducentes. Por esto creemos que no se hará toda la luz sobre esta materia por demás importante. Queremos suponer un grande espíritu de docilidad y de sumisión en todos los Congresistas, y aun en este supuesto dudamos que los señores Obispos digan cuanto saben acerca de los obstáculos que han hallado, al querer llevar á la práctica los acuerdos de los Congresos Católicos.

En ninguna nación los Prelados católicos se esmeran como en España en prestar su apoyo, su consejo y su dirección á los Congresos Católicos nacionales, y quizás en ninguna parte obtengan resultados tan exiguos. Y eso, que el Episcopado español se distingue por su prudencia, por su ilustración y por su celo apostólico y es además profundamente querido y venerado por los católicos españoles. ¿Por qué, pués, no se cumplen los acuerdos tomados en los Congresos Católicos? Repetimos que nadie puede responder tan satisfactoriamente como los señores Obispos á la anterior pregunta, ya que ellos han tenido que devorar grandísimas amarguras al intentar cumplir los acuerdos tomados por los Congresos que han convocado, presidido y dirigido. Con lo cual, bien á las claras manifestamos, que nuestra opinión es, que los Congresos Católicos son en España poco eficaces, porque los católicos españoles se prestan poco á seguir ciegamente el magisterio episcopal, cuando de la acción católico-so-

cial se trata. Sobre este particular ha escrito un periódico católico de Madrid las siguientes atinadas observaciones que hacemos nuestras en todas sus partes:

«A nuestro modo de ver, y lo diremos con gran lealtad y sinceridad, la causa principalísima que impide que los Congresos Católicos den los resultados beneficiosos que producen en todas partes, está en la falta de unión de los católicos. Sin esta unión, no se ha hecho, ni se hace, ni se hará nada de verdadera trascendencia práctica en favor de la restauración de la influencia social del catolicismo en España. Quien no lo ve así, es que está ciego, si no en su entendimiento, al menos en su voluntad.

»Así lo ha entendido siempre la Santidad de León XIII: por esto una y otra vez, desde los comienzos de su Pontificado ha recomendado á los católicos españoles la unión; por esto ha señalado una y otra vez el terreno en que esta unión ha de efectuarse, y el fin que con ella debe obtenerse.

»Hasta aquí la voz del Papa, por causas que están en la conciencia de todos, no ha sido debidamente obedecida; de aquí que los acuerdos de los Congresos Católicos no se cumplan; de aquí también que nada práctico se consiga en la obra de restablecer el imperio de Jesucristo entre la sociedad española.

»Claro está, que este no debe ser obstáculo para que los buenos vayan á Tarragona, cuando el Congreso se celebre. Pero sólo deben ir los que de veras deseen y amen la unión; así como aquella respetabilísima asamblea debe procurar por toda suerte de medios que de su seno salga realizada esta unión salvadora.

»Si así no se hace, el nuevo Congreso resultará tan estéril en beneficiosos resultados, como los anteriores. Ciego es quien no lo ve así, y cobarde quien lo ve así, y se calla. Para curar una enfermedad, lo primero que se necesita es conocerla.»

Aunque reconocemos que la falta de unión es causa principalísima de la esterilidad de la acción católica en España, creemos, sin embargo, que algo se ha logrado en el empeño de unir á los católicos para las obras de carácter exclusivamente religioso, gracias á la influencia de los anteriores Congresos. Las distancias se han acortado, los odios han disminuido, las polémicas son menos frecuentes y menos enconadas, y muchas preocupaciones han desaparecido por completo. No ha sido, por lo tanto, nulo el resultado de los Congresos Católico-nacionales, y si el de Tarragona, en sus conclusiones prácticas, logra facilitar la unión y concordia de los católicos de acción para todas las empresas de índole social y religiosa, ya que para los asuntos políticos esa unión es imposible, habrá contribuído muy mucho á la prosperidad y florecimiento de la cosa católica, realizando á la vez el más ardiente deseo del sapientísimo Pontífice León XIII. Por esto, no tanto rogamos á nuestros amigos y lec-

tores que se inscriban como socios del próximo Congreso Católico, cuanto que concurran á él irrevocablemente resueltos á aceptar todos los sacrificios que sean necesarios para llegar á la unión y concordia de todos deseada.

Escritas las anteriores observaciones, ha llegado á nuestras manos, por una feliz casualidad, la hermosísima Pastoral del Sr. Obispo de Málaga relativa al Congreso Católico de Tarragona. Como el Venerable Prelado desarrolla por magistral manera la idea fundamental que informa el presente artículo, nada más pertinente podemos hacer que ceder la palabra al sabio Prelado, pues así diremos á nuestros lectores, en forma más plausible y con autoridad más irrecusable, aquello que de otra manera les hubiéramos dicho en nuestro sencillo estilo y con la escasa autoridad á que somos acreedores. Dice así el Sr. Obispo de Málaga:

«Si los Congresos fueran sólo una imponente manifestación de la vida y de la fuerza del catolicismo, ya eso sería motivo suficiente para atribuirles inmensa importancia; pues además de lograrse por su medio que nuestros enemigos nos respetaran, convenciéndose de que no somos polvo, únicamente apto para ser pisado, conseguiríase despertar en los mismos católicos la conciencia del propio valer, necesaria siempre, y hoy más indispensable que nunca, á fin de que no nos acobardemos ante la audacia inaudita de los que creen que cuando de nosotros se trata, todo es lícito, porque somos verdaderos parias, raza envilecida y degradada, falta de todo derecho.

»Pero no á eso se limitan sus ventajas. En ellos los católicos se comunican; trasmítense sus esperanzas y sus temores; estudian las cuestiones que los dividen; toman posiciones para la defensa de su causa contra los adversarios que la combaten; se animan, se aperciben para la pelea, y preparan de esta suerte el triunfo.

»Quizá no hemos sacado de los Congresos hasta ahora celebrados en nuestra Patria todo el provecho que podía obtenerse de ellos; pero este triste resultado no se debe á la índole y naturaleza de la obra, sino á las disposiciones de ánimo de los que en ella toman parte, ó, para decirlo mejor, á la falta de abnegación de la mayoría de los católcios, que no deponen rencillas antiguas para concurrir juntos á trabajar en el acrecentamiento y prosperidad de la Religión y en la restauración del orden cristiano, condición precisa para que la sociedad vuelva á entrar en el carril, de donde le han hecho salir utopistas quiméricos que han engañado á los insensatos, predicándoles doctrinas corruptoras so color de salvadoras y santas; y lo que en todo caso de hecho tan desconsolador podrá deducirse, no será la necesidad de renunciar á los Congresos, sino la de darles su verdadero carácter, apelando á la conciencia de los hombres de fe, que

muchas veces hacen, sin quererlo y sin conocerlo, más daño á á la Iglesia que sus enemigos más encarnizados.

»Cosa es que duele por extremo, ver cómo los que se dicen hijos de un mismo Padre, se miran con desconfianzas y recelos, riñen á toda hora, se echan en rostro con fruición sus faltas respectivas, porque todos las tienen, y por lo mismo que la corrección no procede siempre de la caridad, la menosprecian, refinándose en continuar obrando como obraban, sin confesar nunca, ni mucho menos enmendar el yerro.

»Hablemos claro. Tenemos por católicos excelentes á los que se dicen hoy integros ó integristas, y creemos su concurso muy útil para la defensa de la fe; así no podemos menos de sentir con toda nuestra alma que, llevados de un puritanismo, exagerado á nuestro entender, se aislen, se separen de los que no piensan como ellos, no quieran tomar parte en ninguna obra en que otros intervengan, creyendo que tal cosa significa una abdicación de sus ideas y de sus principios, y ni se les vea en las asambleas que los Obispos presiden, ni en las peregrinaciones que los mismos Prelados dirigen, etc., etc. Tenemos también por buenos católicos á otros que no figuran en las huestes del integrismo; pero nos causa pena observar las prevenciones que contra estas huestes abrigan, la intransigencia que muestran bajo la apariencia de una tolerancia mentida, y la inconsciente labor á que se entregan de ahondar la división, en lugar de afanarse para acortar distancias, acercándose á los que de ellos están separados.

»Por estos caminos no se va á ninguna parte; ó hablando con más exactitud, se va á donde ni unos ni otros quieren ir, es decir, á dar el lauro á nuestros enemigos, que son los que en medio de nuestras divisiones triunfan y ganan.

»La verdad es, que cuando los Obispos se dirigen á un punto, no se concibe que nadie, llamándose católico, se resista á ir con ellos; pues aunque los Prelados de la Iglesia en particular no seamos la Iglesia, ni por ende infalibles, no es lícito ni razonable creer que hasta tal extremo nos abandone el buen sentido, el sentido cristiano, que nos encaminemos á sitios hacia los que no se pueda enderezar el rumbo, ó en los que no sea posible permanecer sin quebrantar más ó menos directamente los principios de la Fe.

»Aparte de que en este asunto no andamos solos los Obispos; pues si salimos de nuestro habitual reposo, poniéndonos en movimiento; si abandonamos á veces nuestras diócesis para tomar asiento en las Asambleas á que nos referimos; si los Prelados llamados á organizarlas, á trueque de conseguirlo, trabajan más de lo que se puede decir, es porque el Papa lo quiere, y todos nosotros, cuando el Papa habla, inclinamos la cabeza, y nos sometemos sin titubear.

»Razón es, pues, que acaten todos los católicos españoles la invitación del Arzobispo de Tarragona, y se apresten, los que no tengan imposibilidad ó estorbo, á asistir al Congreso que allí debe reunirse en el próximo Octubre.»

E. Ll.

La cuestión obrera y el partido monárquico en Francia

Un incidente promovido por Mr. León Harmel, el fabricante de Val-de-Bois que con tanto tesón secunda la obra de reparación social emprendida por León XIII, en el Congreso de los patronos del Norte, reunido en Ntra. Sra. de Haut-Mont, los días 16 y 17 de Julio, ha puesto de manifiesto la oposición cerrada que el partido monárquico francés hace á las direcciones de León XIII. Que ese partido se negara á secundar el ideal político recomendado por el Papa á los franceses, cosa era bien sabida, y no pequeño escándalo está dando ese partido que se empeña en llamarse católico, y se resiste tenazmente á secundar las miras del Jefe del Catolicismo. Pero la actitud que la prensa monárquica de Francia ha tomado recientemente, defendiendo las opiniones del P. Jesuita Doyotte y de no pocos congresistas de Mouveaux, sólo porque disienten del criterio adoptado por León XIII en su Encíclica *Rerum Novarum*, ha demostrado una vez más, que los jefes del partido monárquico francés no quieren perdonar al Pontífice Reinante el que haya aconsejado á los franceses la aceptación leal y sincera del régimen republicano. Siempre que se presta la ocasión, la *Gazette de France*, órgano oficial del Conde de París, y los demás órganos de esa agrupación política, combaten los actos emanados de la Santa Sede; pero en la ocasión presente, se han revuelto audaces y animosos contra la doctrina de la Encíclica *Rerum Novarum*, sin que el Augusto Pontífice haya dado ocasión ni pretexto para esa campaña antipontificia, tan inmotivada como escandalosa.

La verdad es, que en el Norte de Francia, donde el partido monárquico tiene echadas raices muy hondas, se ha puesto empeño especial en que no triunfaran las doctrinas pontificias relativas á la justicia de ciertas reivindicaciones obreras, á las horas de trabajo, á la constitución de sindicatos, ya de obreros, ya mixtos de obreros y patronos, á la determinación del salario, á la instrucción de las clases trabajadoras, y esto, al parecer, se ha hecho para no agrandar allí el prestigio de León XIII, cuya política es opuesta á la del partido monárquico. Más con ocasión del Congreso de Mouveaux ha quedado demostrado que, no sólo los obreros del Norte, sino aun muchos de los Patronos, desconocían las principales conclusiones de la Enciclica *Rerum Nova-*

rum, á la cual no se acudía en esos Congresos en que se intentaba una solución católica para la cuestión obrera. Antes al contrario, se ha demostrado con testimonios irrecusables, que el criterio dominante en los centros católicos del Norte, más ó menos influídos por el P. Doyotte, se resume en las cinco proposiciones siguientes, contrarias á otras tantas proposiciones consignadas por León XIII en la Encíclica *Rerum Novarum*.

1.ª La situacion de los obreros es buena y la mayor parte de sus miserias son merecidas.

2.ª El salario corriente es siempre justo.

3.ª Las sociedades compuestas de obreros son peligrosas y funestas.

4.ª Los sindicatos profesionales, en que el obrero puede discutir con el patrono, las cuestiones de horas de trabajo, los salarios, etc., son inútiles, peligrosos, utópicos.

5.ª El único remedio para las miserias existentes es la moralización del obrero y la creación de obras de beneficencia.

Tales eran las doctrinas predominantes en los centros de propaganda del Norte. Como se ve, aunque en aquellos centros se hablara de León XIII, pocas simpatias podia conquistarse entre la clase obrera, por cuya emancipación y mejoramiento parecia que no se había S. S. interesado. Y así continuaba secuestrado el pensamiento del Soberano Pontífice entre los obreros y patronos del Norte, cuando el incidente del Congreso de Mouveaux y la intervención de Mr. León Harmel, puso al descubierto las arterias de los enemigos del Pontífice Reinante.

Dos días sólo duró el Congreso de Mouveaux y todo en él fué correcto. Pero el Secretario del Congreso, R. P. Doyotte, de la Compañía de Jesús, dispuso que durante la comida se diera lectura á algunas memorias de antemano preparadas, suplicando á los Congresistas que hicieran uso de la palabra en apoyo ó en contra de las lecturas indicadas. Como en estas memorias se atacara á la *escuela belga*, representada por el Abate Pottier, y principalmente por Mgr. Doutreloux, que tan á satisfacción de León XIII han interpretado y llevado en lo posible al terreno de la práctica las doctrinas de la Encíclica *Rerum Novarum*, según consta en las cartas laudatorias que de S. S. han recibido; creyóse Mr. León Harmel obligado á defender á esa llamada *escuela belga*, ya que autorizadamente constaba que se hallaba en posesión del verdadero pensamiento del Pontífice Romano. Y como también se hubieran reprobado, en las lecturas susodichas, los sindicatos de que formaran parte los obreros, salió Mr. Harmel en defensa de esos sindicatos, recomendados en la Encíclica de *Conditione Opificum*. Y por último, defendió la oportunidad de las Conferencias dadas para ilustrar á la clase obrera, contra las que el lector había disertado en sentido poco armónico con las enseñanzas pontificias.

Hasta aquí el incidente Harmel. Pero ocurrió que el *Nuevo Monitor de Roma,* en su número del 22 de Julio, hizo saber *urbi et orbi* lo que había ocurrido en el refectorio de Ntra. Señora de Haut-Mont, como así bien las tendencias que dominaban en una parte de los Congresistas y que habían dominado en otros Congresos Regionales anteriores, muy poco conformes con las enseñanzas de la *Rerum Novarum.* Para contrarrestar el efecto producido por las revelaciones del *Nuevo Monitor de Roma,* publicó el R. P. Doyotte una carta dirigida al Director del *Diario Romano,* fechada el día 1.º de Agosto, y que no llegó á su destinatario, y que apareció en la *Gazette de France* el día 9 del mes calendado, desmitiendo rotundamente todas y cada una de las afirmaciones del *Nuevo Monitor.* Pero este Diario ha hecho ver que no es manco y que sabe defenderse. Con cartas de Mr. Harmel y de otros congresistas ha demostrado la verdad de sus afirmaciones, dejando muy mal parada la seriedad del R. P. Jesuita. La *Gazette de France, La Semaine Religieuse de Cambray,* el *Courrier de Bruxelles,* y todos los Diarios del partido acaudillado por el moribundo Sr. Conde de París, han salido en defensa de la causa sustentada por el P. Doyotte, y han arremetido furiosos contra el *Nuevo Monitor de Roma.* El pecado de este Diario ha consistido únicamente en haber denunciado al público la conspiración del silencio tramada en el Norte de Francia contra las doctrinas pontificias favorables á la clase obrera.

Pero el triunfo del *Monitor* ha sido brillante. Respecto á los puntos tratados por Mr. Harmel en Monveuax, se ha limitado, y no otra cosa necesitaba, á reproducir la carta que Mr. Harmel dirigió, con fecha 21 de Julio, al P. Doyotte, Secretario del Congreso, y publicada, con permiso del Autor, en el *Nuevo Monitor* de Roma, el día 9 de Agosto. Respecto á las doctrinas contenidas en las cinco proposiciones más arriba formuladas, ha podido el Diario Católico de Roma trascribir varias comprobaciones decisivas, que le han sido remitidas por diversos congresistas. En esos alegatos consta que esas cinco proposiciones han sido defendidas en diversos congresos del Norte, si bien que ocultando que sean opuestas á la Encíclica *Rerum Novarum.* Pero los colaboradores del *Monitor,* han cuidado de oponer á las proposiciones de los Congresos, y de las Conferencias de Nuestra Sra. de Haut-Mont, aquellos pasajes de la Encíclica que abiertamente dicen todo lo contrario de lo contenido en las reseñas y memorias redactadas por el propio P. Doyotte.

Bien es verdad que el Diario romano no ha podido recibir del R. P. Jesuita una declaración franca de que rechaza las citadas cinco proposiciones, y admite en todas sus partes las enseñanzas pontificias. Así y todo, abrigamos la convicción íntima de que la brillante campaña sostenida por el excelente Diario Cató-

lico, producirá sus naturales resultados, impidiendo que continúe en las regiones del Norte de Francia la vergonzosa conspiración del silencio contra ciertas enseñanzas encíclicales. Por de pronto, ya algunos patronos se han lamentado del abuso de confianza de que han sido víctimas, pues de buena fe creían que se acomodaban á las prescripciones de León XIII, cuando obraban directamente contra ellas. Ahora reconocen que ignoraban no pocos de los puntos desarrollados en la *Rerum Novarum*, y atentos á darles fiel cumplimiento han solicitado ser instruídos en la doctrina pontificia.

E. Ll.

LA EJECUCION DEL ABATE BRUNEAU

El día 30 de Agosto, á las cinco de la mañana, fué ejecutado, en virtud de sentencia judicial, el asesino Bruneau. La circunstancia de haber sido sacerdote católico ese infeliz criminal, ha dado margen á una infinidad de artículos periodísticos, inspirados en los criterios más varios y aun á veces del todo opuestos. No removeremos imprudentemente las cenizas de ese desgraciado Sacerdote, que si olvidó la santidad de su ministerio, hasta tal punto que descendió á la abyección de los criminales vulgares, supo sin embargo morir cristianamente, sintiendo en aquel trance supremo servir de piedra de escándalo á los creyentes. La resignación cristiana con que aceptó la pena capital impuesta por la justicia humana, habrá sin duda templado los rigores de la justicia divina, y la Sangre del Cordero sin mancha habrá purificado aquella alma ennegrecida antes por el ponzoñoso hálito de las pasiones desbordadas.

Antes de que el verdugo separara del tronco la cabeza del abate Bruneau, manifestaron no pocos católicos su deseo de que el Presidente, Mr. Perier, poniendo en ejercicio la más hermosa de sus prerrogativas, indultara al infeliz reo, mientras que la prensa radical, sostenía la necesidad de que la ley se aplicara sin preferencias basadas en la categoría de los ciudadanos. Y con acuerdo aun más reprensible, identificaban algunos Diarios la causa del Abate Bruneau con la causa de la Religión de quien fuera indigno Ministro, lamentándose algunos católicos, como de una calamidad irreparable, de los desórdenes morales del infeliz Ministro del Altar, y batiendo los librepensadores palmas y voceando gritos de triunfo, como si la conducta criminal de un sacerdote fuera argumento de la pobreza moral de la Religión que le reconoció por su Ministro.

Natural encontramos esta conducta de la prensa radical é impía, ya que siempre va á la caza de debilidades en que puedan

incurrir las personas eclesiásticas, y aun suele inventarlas para desprestigiar á la religión, desprestigiando á sus Ministros. Pero los católicos hubieran hecho mucho mejor no dando importancia á los desórdenes en que incurrió el abate Bruneau, y sin tratar de atenuarlos, demostrar á los enemigos de la Religión, la improcedencia y la injusticia de sus ataques, ya que la Iglesia no puede hacerse solidaria de los actos todos realizados por los individuos de su jerarquía. Trátase de un hecho verdaderamente excepcional, y una excepción no puede invalidar la regla general. Si la generalidad de los Sacerdotes procedieran á la manera del Abate Bruneau, enhorabuena que ese ejemplo se adujera como acusación de la Iglesia que tales Ministros produce; pero si la casi totalidad de los miembros del Sacerdocio católico, son modelos de virtud, de honradez, de decoro y de piedad religiosa; si los Sacerdotes católicos son tanto más virtuosos y santos, cuanto más atenidos viven al ejercicio de sus funciones ministeriales; si entre ellos, de tarde en tarde, y por caso rarísimo, aparece algún desgraciado que se hunde en el cieno de la inmoralidad, y se averigua que éste, desde que cedió á impulsos del vicio, se apartó de las prácticas propias de su estado; ¿qué se deduce de todo esto, sino que el Sacerdocio católico es de suyo santo, ya que santifica á la casi totalidad de sus miembros, y desconoce y rechaza á los que viven divorciados de la santidad?

La clase sacerdotal puede sufrir un parangón brillantísimo, por respeto á la moralidad, con cualquiera de las clases sociales. Ninguna presenta un conjunto de individuos tan virtuosos, tan dignos, tan beneméritos de la religión y de la patria: escójase la clase social que más acomode; véase el número de criminales que presenta para cada millar de individuos; y luego véase el tanto por mil de criminales que ofrece el Clero, y se hallará que este número es muy inferior al que le ha servido de término de comparación. Nunca fué lógico deducir una consecuencia general de hechos aislados y contingentes; pero menos lo es tratándose de la inmoralidad del Clero católico, cuando aquí los hechos que la acusan, son tan extraordinariamente raros, que siempre que tiene lugar alguno de ellos, es materia de extrañeza y de asombro. Porque un abogado, ó porque un militar, sea un infame, un criminal, no es lícito acumular á la clase entera de los abogados ó de los militares la falta de decoro ó de sentido moral que se observa en alguno de sus miembros; y con todo, es bien cierto que son más los abogados y militares que faltan á sus deberes, que no los sacerdotes que faltan á los suyos. De donde debe deducirse que el estado sacerdotal es de suyo más venerando y santo que los diversos estados civiles. ¿Qué importa, pues, que por caso excepcional y rarísimo, un desdichado Bruneau manche con crímenes horrendos el hábito sacerdotal y se vea precisado á subir las gradas del patíbulo como vil facinero-

so? ¿Qué importa que los crímenes cometidos por el tal Bruneau acusen una profunda perversión del sentido moral? Siempre será cierta aquella atinada observación de S. José de Calasanz, que sino estoy trascordado había sido ya consignada por S. Agustín: *Non vidi melliores, quam qui in Religione profecerunt, neque deleriores, quam qui in Religione deffecerunt.* Así como ninguna clase social presenta un número tan considerable de personas virtuosas y santas, como la clase sacerdotal, y así como los ejemplos de virtud y de santidad son en esta última clase mucho más heroicos y estupendos, que los ofrecidos por los individuos de las clases restantes; así también, cuando un Sacerdote olvida la santidad de su ministerio y pierde el santo temor de Dios, suele rodar de abismo en abismo hasta llegar á la sima más honda de la perversión moral y del cinismo impío y descocado.

Pero semejantes ejemplos de corrupción moral serán siempre excepciones, pero excepciones rarísimas, en la historia brillante y ejemplar del Clero católico. Y conviene insistir en esto, porque es indudable que escándalos como el dado por el Abate Bruneau, son de eficacia perversísima en la conciencia de las muchedumbres. Por esto los utilizan los diarios impíos, sabiendo que la relación de un crimen cometido por algún Eclesiástico, produce más efecto que un artículo doctrinal, en las masas ignorantes y poco adictas á la Iglesia de Cristo. Deber es, en este caso, de la prensa católica, reducir los hechos á su verdadera significación, y no permitir que se les dé más alcance del que realmente tienen, en perjuicio de la tranquilidad de conciencia de las personas que por sí solas no pueden formar criterio exacto de las cosas.

Ya que el asunto me invita á ello, he de reprobar aquí la conducta de algunos Diarios que, sin figurar, ni mucho menos, en el grupo de periódicos librepensadores, y atentos sólo á las exigencias del noticierismo, se han dedicado durante estos días á entresacar de las actas judiciales, los relatos de los procesamientos criminales á que se han visto sometidos los sacerdotes. En un diario de gran circulación, que se publica en esta capital de Cataluña, leemos un artículo titulado *Curas procesados,* y en el cual se detallan los crímenes de que fueron acusados el Abate Berger, el famoso Mingrat, también sacerdote, el cura Delacollonge, el presbítero italiano Contrafatto, el alsaciano Malitor y el provenzal Berthet. Y no sabemos por qué ha pasado en silencio el regicidio del cura Merino y el sacrílego parricidio del presbítero Castellote. Apena el ánimo la lectura de esas crónicas criminales, que hacen pasar á la vista del incauto lector, uno tras otro, agobiados por el peso de infamantes crímenes, á unos cuantos desdichados sacerdotes, sin que se intercale observación alguna que pueda prevenir el escándalo, y sin que á la postre se ad-

vierta que se trata de unas cuantas excepciones, que en nada perjudican al honor y decoro de la respetabilísima clase sacerdotal. Y como tiene que suceder por necesidad, los lectores sencillos que en unos cuantos párrafos ven consignados los nombres de varios sacerdotes criminales, al contemplar aquel cuadro de vergüenza y de horror, donde sólo figuran Ministros del Altar, creen que los criminales abundan en la clase sacerdotal, y conciben cierta aversión hacia la misma, y sienten vacilar sus creencias, y disminuyen en ellos el respeto y la adhesión que siempre profesaron á la Religión heredada de sus antepasados. Bien sabemos que ese discurrir no es lógico, y lo prueban las anteriores observaciones; pero como aquí no se trata de raciocinios, sino del efecto que producen en la fantasía de las gentes sencillas, esos cuadros llenos de figuras repugnantes vestidas con la sotana del sacerdote, insistimos en que semejante procedimiento es inconvenientísimo, y en que debe necesariamente favorecer la incredulidad y fomentar la indiferencia religiosa.

No se nos negará que la cabeza de Descartes estaba bien organizada; y con todo, habiendo entresacado de las historias los nombres de aquellos personajes insignes, que, después de haber vivido por algún tiempo consagrados á la labor de la inteligencia, acabaron por perder la razón, cayendo en la locura, contemplando reunidos en un cuadro literario á esos pensadores que acabaron por ser dementes, llegóse á persuadir de que la labor intelectual conduce á la locura, y dedujo de ese supuesto que el alma debe residir únicamente en el cerebro y valerse de él para todas sus operaciones. Bien sabia Descartes que aquellos filósofos, historiadores, poetas, capitanes, políticos, artistas, que él cita y que cayeron en la locura, son meras excepciones entre el cúmulo inmenso de artistas, políticos, capitanes, poetas, historiadores, y filósofos, que fueron siempre cuerdos y son la gloria de la humanidad. Pero es lo cierto que al contemplar de una sola ojeada á tanto pensador como corría á la locura, llegóse á creer que el ejercicio de la vida intelectual conduce necesariamente á la amencia. En igual aberración han incurrido varios filósofos, leyendo las estadísticas cartesianas. ¿Y se pretenderá que la generalidad de los lectores de los diarios, al reseguir las reseñas criminalistas en que sólo figuran como reos los sacerdotes, no incurran en el error de que el sacerdocio católico es un cuerpo corrompido, del cual sea preciso alejarse como de un foco de putrefacción? ¡Y qué responsabilidad tan enorme contraen ante Dios y ante la Iglesia, los diarios que por el afán de satisfacer la curiosidad de sus lectores, exponen á éstos á errores gravísimos, tanto más graves cuanto afectan al sagrado de las creencias religiosas!

E. Ll.

LA DISPUTA DE LOS MUERTOS

—Eso lo habrá V. soñado,—exclamé mirando al sepulturero con aire de incredulidad.

—No, señor,—me respondió con tono y ademanes propios del hombre que no está dispuesto á permitir que duden de sus afirmaciones.—Le he dicho á V. que diez ó doce muertos se presentaron en mi alcoba á las doce de la noche del jueves, para darme pormenores del grave altercado que sostenían y para someterse á mi fallo...¡Por la salvación de mi alma le juro á usted que...!

—No hay necesidad de que V. jure,—interrumpí haciendo grandes esfuerzos, para que no desapareciera de mi rostro la expresión de seriedad que requerían las circunstancias.—Estoy ya casi convencido de que no ha sido V. víctima de una alucinación. Y me convenceré del todo si es V. tan amable que me cuente...

—Verá V... verá V.,—dijo mi interlocutor, fijando en mí una mirada en la que brillaba el más absoluto convencimiento.—El trabajo de aquel día fué más penoso que de costumbre... Diez y siete cadáveres: ¡figúrese V. la importancia de la tarea! Rendido por la fatiga, me dormí profundamente antes de las diez... Dos horas después, cuando ese reloj de *cuco* que V. ve estaba dando las doce, una espantosa algarabía de voces extrañas interrumpió mi sueño. Me incorporé sobresaltado, encendí luz y vi que penetraban atropelladamente en mi alcoba varios difuntos de distintas edades y categorías.

—Pero ¿hay también categorías en el mundo de los muertos?

—Quiero decir á V. que estaban vestidos con los trajes con que habían sido enterrados recientemente, y por ellos era fácil conocer la posición social que cada uno de mis visitantes ocupó en el mundo de los vivos.

—Es verdad. Continúe V. su relato.

—Uno de los aparecidos se encargó de explicarme el objeto de la visita y me dijo con voz...

—Sepulcral.

—Eso es: con una voz que parecía salir de un sepulcro, me dijo: «Al cerrar la noche, todos los que venimos á ocupar nuestras habitaciones eternas en este gran palacio de la muerte, hemos ido á saludar á los que nos precedieron con el fin de ofrecerles nuestras respectivas tumbas..... Con tal motivo se ha improvisado una reunión de carácter democrático, puesto que han asistido á ella lo mismo los inquilinos de los mausoleos que los de la fosa grande. Y entre los asuntos que han sido objeto de la conversación general ha salido á relucir el *valor*... A semejanza

de lo que ocurre entre los seres animados, cada uno de nosotros sostuvo criterio distinto al de los demás en el asunto que se debatía; y, á consecuencia de la diversidad de pareceres, sobrevino una discusión que fué agriándose por momentos. Los insultos reemplazaron á las razones... En fin, cualquiera que nos hubiese oído, habría tenido motivos suficientes para suponer que éramos todos políticos, y diputados por añadidura.»

El sepulturero hizo una breve pausa para encender un cigarrillo y continuó así:

—Yo escuchaba al muerto en el estado que V. puede figurarse; tembloroso, frío como la nieve y con los pelos de punta. El terminó su discurso con las siguientes palabras: «Después de seis horas de acaloradas disputas, y en vista de la imposibilidad de llegar á un acuerdo, hemos decidido someter á tu fallo la cuestión. Haz el favor de oir atentamente á los cadáveres que aquí se hallan, y de decirnos cuál de ellos mereció en vida, con más justicia, el honroso calificativo de valiente, calificativo que cada uno se adjudica á sí propio.»

—El sepulturero calló para chupetear el pitillo que se empeñaba en no arder.

—Entonces,—prosiguió estremeciéndose ligeramente, al recordar, sin duda, con todos sus detalles, la escena que iba á referirme,—entonces el muerto que había ejercido de orador acercóse á mí, puso su helada mano sobre mi hombro y me dijo: «Creo que si en el mundo de los vivos se concediera un premio al más valiente, nadie hubiera podido disputármelo. *Allá arriba* he tenido nueve desafíos, he matado á dos de mis contrarios y he dejado fuera de combate á seis. La pistola, el sable y el florete fueron los únicos argumentos que me sirvieron para contestar, no sólo á las ofensas graves, sino á las miradas impertinentes y á las frases de dudoso gusto. Veinticinco actas, todas honrosas para mí, acreditan suficientemente mi valor... Siento no tenerlas aquí, para que estos señores se convenzan. Pero si alguno de los que me escuchan se permite dudar de lo que digo...» Oyéronse murmullos y me figuré que no faltaría quien recogiese las palabras que, en son de reto, acababa de pronunciar el muerto orador y espadachín. Por fortuna no pasó la cosa á mayores.

Adelantóse otro y se expresó en estos términos: «He sido militar de alta graduación y he tomado parte en cinco grandes batallas y en infinidad de escaramuzas... He visto caer á mis pies centenares de hombres, y he pisado montones de cadáveres sin experimentar la más leve sensación de miedo... ¡Si esto no es ser valiente, que venga el esqueleto del Cid Campeador y que lo diga!» Después de hablar así, alzó la frente, hizo un saludo militar, dió doble derecha y fué á colocarse al lado del duelista. Acto seguido se aproximó otro... Para no cansar á V. mucho, le diré que me enteraron de sus respectivas y grandiosas haza-

ñas: un torero que se había visto enfrente de más de dos mil cornúpetas de todas las ganaderías: un camorrista de taberna; un capitán de una partida de bandoleros... En fin, la flor y nata de los hombres que se juegan la vida á cualquier hora y por cualquier motivo.

El sepulturero se pasó la mano por la frente para limpiarse algunas gotas de frío sudor. Yo le pregunté:

—Bueno y ¿á cuál de ellos dió V. el diploma de valiente?

—Á ninguno. Verá V. lo que ocurrió...

Disponíame á inventar una disculpa para evadirme del compromiso en que los difuntos me habían puesto, cuando vi el cadáver del espadachín que se encaraba con otro que estaba junto á la puerta: «Oiga V.,—le dijo—¿qué hace V. aquí? ¿Es V. valiente?... Porque no recuerdo haber discutido con V. en la reunión que antes celebramos.» «Ni nosotros tampoco,»—añadieron á coro los demás. El aludido, avanzando algunos pasos, exclamó con la mayor humildad: «Antes y ahora me he limitado á escuchar á ustedes sin otro propósito... que el de enterarme de lo que decían... Y si Vds. me dan su permiso me volveré á la fosa grande... Allí tienen un amigo y servidor para lo que gusten mandar.» Hizo una reverencia y buscó la salida. Pero el espadachín sintió deseos de armarle camorra; por lo mismo que le vió tan humilde le detuvo. «Oiga V.,—repitió.—No siendo valiente no ha debido V. permanecer aquí mezclado con los que teníamos que relatar algunas de nuestras principales proezas. Pero ya que tuvo el atrevimiento de estar en nuestra compañía, sepamos qué es lo que ha sido V. en el otro mundo.»

El preguntado, tras breves instantes de vacilación, contestó: «Yo, señores, soy... es decir, he sido, un infeliz en toda la extensión de la palabra. Jamás me peleé... es decir, estuve peleándome, desde que tuve uso de razón, con la miseria, con la desgracia, con la fatalidad .. ¡Y siempre me vencieron! Es decir que mi existencia fué una no interrumpida serie de días de hambre y de noches de insomnio y desesperación... Sólo puedo enorgullecerme de una cosa: de no haberme apartado nunca del sendero de la honradez. Se me presentaron ocasiones propicias para robar, sin riesgo de ser descubierto en el acto y con grandes probabilidades de disfrutar tranquilamente del producto del robo, ¡y no quise aprovecharlas! ¡Me pareció mejor seguir luchando con la miseria, con la desgracia y con la fatalidad!»

—Ese fué un héroe,—exclamé interrumpiendo al sepulturero.

Y él replicó:

—Eso mismo dije yo en voz alta. Y sin pensar en que me exponía á ser blanco de las iras de los matones que me habían consultado, añadí tirándome de la cama: «¡Aquí no hay más valiente que el que acaba de hablar, porque el que lucha años y años con la miseria y prefiere ser vencido y destrozado una y

otra vez á convertirse en vencedor con la ayuda de las poderosas armas que la maldad le ofrece, es más valiente que todos los conquistadores, espadachines y camorristas de profesión que han existido en todos los países desde que el mundo es mundo...» ¿Querrá V. creer que ninguno de los valientes se atrevió á rechistar y que fueron marchándose con las orejas gachas, como vulgarmente se dice?

—Lo creo, puesto que V. me lo asegura,—contesté estrechando la áspera diestra del sepulturero en señal de simpatía y admiración.

Y antes de abandonar aquel lugar, me acerqué á la fosa grande y arrojé en ella un puñado de flores amarillas y blancas, exclamando con voz respetuosa:

—¡Para los *verdaderos* valientes!

TOMÁS CAMACHO.

NO TODO ES CENIZA

I

Cuando miro brotar del cigarro
caprichosas las hebras del humo
y en el aire tejer filigranas
que se enredan y duran un punto,
me imagino los sueños informes,
los fantasmas de extraño dibujo
con que puebla sus ocios sombríos
el que vive incompreso en el mundo.

II

Cuando miro correr lentamente
chispeante la brasa rojiza
y adornar del cigarro los bordes
con un cerco de úgubre cinta,
me figuro las íntimas ansias
de esos seres que solos palpitan
sin poder encontrar en el mundo
un amor que les dore la vida.

III

Mas si miro después por el suelo
en ceniza rodar mi cigarro,
de la brasa y el humo me olvido,
no ya en genios ni amantes reparo;
pero dígome quedo, tan quedo,
que no escuche mi voz ni mi llanto:
—¡Grandes, chicos, felices, sinceros...
un montón de cenizas, al cabo!

IV

Si no fuera que existe en nosotros
algo más, que no es humo ni fuego,
algo más que no puede en cenizas
convertir la pujanza del tiempo;
á no ser por esa alma, que vive
encerrada en la cárcel del cuerpo,
¡ay, Dios mío! ¡qué triste es pensarlo!
¡qué distancia entre el mundo y el cielo!

RAFAEL FRAGUEIRO.

ESPERANZA

Me dió la blanca aurora sus fulgores,
el ruiseñor su acento de ternura,
y la fuente que plácida murmura
retrató mis contornos seductores.
Por doquiera derramo mis favores,
mundos de dicha mi presencia augura...
que quiso complacerse la natura
colmándome de gracias y primores!
Al alma inspiro bienhechor consuelo:
tras penas, y tormentos, y agravios,
yo hago lucir el iris de bonanza....
¡No me miréis con miedo ni recelo!
Mensajera de amor, traigo en mis labios
la sonrisa de Dios: soy la *Esperanza!*

JESÚS M.ª ORTEGA.

REVISTA DE LA QUINCENA

Como continúan los hombres políticos desperdigados por las estaciones balnearias, continúa todavía el marasmo político que se inició al apretar los calores y trasladarse la corte á San Sebastián. Esta falta de asuntos políticos es á veces suplida por la inventiva de los reporters de los Diarios, atentos principalmente á satisfacer la ávida curiosidad de los lectores. Tal hicieron á últimos del mes pasado los que circularon la noticia del fallecimiento del joven Sultán de Marruecos, conmoviendo la opinión pública y produciendo no poca alarma, ante las contingencias de intervenciones extranjeras en el imperio del Mogreb. Sabían los tales Diarios que el Sultán había fallecido á consecuencia de unas pícaras viruelas que se habían cebado en su joven naturaleza; sabían que los partidarios del Príncipe Tuerto se disponían á reclamar para éste la herencia de Abdelazis; sabían que varias kábilas iban á levantar el pendón de la guerra civil; y ante el peligro de una disolución del Imperio marroquí, y vistas las am-

biciones interesadas de Inglaterra y de Francia, se conjuraba al Gobierno á que alistara los mejores buques de guerra y tuviera dispuesto á embarcarse para el África á un poderoso cuerpo de ejército. Pero es el caso que el Sultán vive, y ni siquiera ha estado enfermo. Y todos los proyectos belicosos se han desvanecido como el humo, al saberse que ningún fundamento tenía la noticia del supuesto fallecimiento.

No es la primera vez que los periódicos de gran circulación dan noticias por el estilo, que después tienen que rectificar. El mismo Diario que el día 27 de Agosto alarmaba á los barceloneses comunicándoles el fallecimiento del Sultán de Marruecos, anticipó tiempos atrás la noticia de la muerte del geógrafo General Ibáñez y del historiador Sr. Lafuente, causando hondo pesar á sus amigos, que les creyeron muertos cuando aun existían. Ese afán de ser los primeros en dar á conocer las noticias de sensación, es altamente reprensible, pues hiere sentimientos respetabilísimos y hasta puede hacer incurrir en responsabilidades de cuantía. Y todo por qué? Porque no se dé el caso de que el público se entere antes por otro conducto que el propio Diario, y goce éste fama de ser el mejor informado.

***

Como quiera, á la hora presente no sabemos á qué atenernos sobre la situación de Marruecos; un día nos presentan los telegramas al país poco menos que insurreccionado contra el joven Sultán, y al día siguiente se nos hace saber que todas las kábilas permanecen en actitud pacífica y sin intento de probar la suerte de las armas. Hoy se nos dice que la ciudad de Mazagán se halla amenazada por las kábilas vecinas y que es inminente un degüello general de europeos, y mañana se nos asegura que en Mazagán reina la tranquilidad más completa y que es falso que emigren las familias europeas, temerosas de un ataque de las kábilas insurreccionadas. Se ha dicho que los riffeños desconocían la autoridad de Muley-Araaff y que se disponían para atacar de nuevo al campo de Melilla, y luego se ha desmentido esa actitud hostil del Riff y se ha afirmado que el Tío del Sultán cuenta con medios más que suficientes para tener á raya á las kábilas riffeñas. Hoy mismo publican los periódicos de esta capital los siguientes despachos telegráficos: «Madrid, 2. Circulan rumores alarmantes relativos á los sucesos del interior de Marruecos. Las kábilas rebeldes han saqueado las casas de Marra Kesh. Han sido cerradas las puertas de la ciudad.»

«Madrid, 3.—Los moros han atacado en Cabo Jubí á los tripulantes del barco inglés *Adam*, hiriendo á algunos marineros y apresando á otros.»

«Madrid, 3.—Viajeros llegados de Málaga, han dicho que han celebrado una junta en Caeas las kábilas del Riff, habiéndolas

presidido Muley Araaf: han acordado impedir la demarcación de la frontera de Melilla, hasta que se presente allí el Sultán en persona. Los moros aseguran que no se hará dicha delimitación, y desprecian á los españoles, añadiendo que el Sultán no irá allí.»

Es innegable que los anteriores telégramas tienen gravedad excepcional; pero ¿y si mañana vienen desmentidos, y resulta que nada ha pasado en Marra-Kesh, nada en cabo Jubí, nada en Caeas, y que no hay fundamento alguno para creer que los riffeños hayan de oponerse á la demarcación de la frontera? En esa incertidumbre, no procede comentar las anteriores noticias ni conjeturar acerca de su influencia en el porvenir, sino únicamente esperar que sean confirmadas ó desmentidas. La falta de motalidad en el noticierismo nos impone una prudente reserva robre cuanto se nos comunica y no ha sido confirmado por diversos conductos.

***

Todos los despachos telegráficos nos anuncian la situación verdaderamente desesperada en que una penosa enfermedad ha puesto al Sr. Conde de París, representante de la causa monárquica en Francia, y nieto de Luis Felipe de Orleans. Los médicos que le asisten han perdido toda esperanza de salvarle. Es probable que al publicarse el presente Número, el ilustre enfermo haya comparecido ya ante el Juez de vivos y muertos. Como S. A. conserva expedito el uso de sus facultades, ha querido morir cristianamente y ante todos los individuos de su real familia ha recibido con ejemplar fervor y resignación cristiana los últimos Sacramentos El Papa ha enviado la Bendición Apostólica al egregio moribundo.

Buena necesidad de esos ejemplos de piedad cristiana y de sumisión católica tiene el partido acaudillado por el Sr. Conde de París. Porque la verdad es que los monárquicos de Francia, especialmente los que reconocen la legitimidad de D. Felipe de Orleans, hacen una oposición sistemática á las direcciones trazadas por el Pontífice Romano á los católicos franceses. Si el triunfo del Papa no ha sido más rápido y brillante en Francia, á los partidarios del Conde de París se debe principalmente. No culpamos al Conde de la actitud de rebeldía que respecto á la Santa Sede ha seguido y sigue su partido; pues bien sabemos que S. A. influía muy poco en la marcha política de la agrupación que le reconocía por Jefe Soberano. Al parecer, el Conde de París, ó no tenía deseos de ocupar el trono de sus antepasados, ó teniéndolos, no tenía esperanza alguna de ceñir la corona de Francia, y por eso era exigua, poco menos que nula, su intervención personal en la política de su patria. Quizás por no haber ostentado ambición de gobernar, ha merecido siempre el

respeto de amigos y adversarios. Todos los franceses le agradecen el que jamás haya perturbado la paz de la nación en reivindicación de sus derechos soberanos. Por esta conducta correcta y patriótica, por las virtudes cristianas que en él resplandecían, y por la vasta erudición que había atesorado, y de que ha dado muestras en algunas obras literarias de recomendable mérito, el Conde de París pasará á la historia entre las bendiciones y elogios de sus contemporáneos.

El Duque de Orleans heredará los derechos á la corona de Francia, tan luego haya fallecido su señor Padre. ¿Seguirán al Duque todos los que fueron leales al Conde? ¿Se le adherirán los monárquicos del tradicionalismo y del bonapartismo? Si el joven príncipe lograra atraer á su causa á todos los monárquicos franceses, robustecería no poco el principio que representa, y acaso en días críticos sería una esperanza para su patria. Pero dadas ciertas ligerezas cometidas por el Duque de Orleans, y á ser ciertas algunas anécdotas que de él se cuentan, mucho tememos que lejos de ser lazo de unión entre los elementos monárquicos, sirva de pretexto de disolución de esas huestes, y contribuya su jefatura política á la consolidación de la República.

***

La guerra del extremo Oriente, entablada semanas atrás entre el Japón y la China, va desarrollándose paulatinamente, sin que hasta el presente se haya librado batalla alguna de verdadera importancia. Las naciones interesadas en la solución del conflicto chino japonés, se mantienen á la espectativa, sin que ninguna se atreva á intervenir, á pesar de las simpatías que Rusia siente por la causa del Japón, y de las preferencias de la Gran Bretaña por la suerte de la China. Quizás el peligro mismo de que una intervención armada produjera una conflagración universal, mantendrá á las Grandes Potencias europeas á igual respetuosa distancia de ambos pueblos beligerantes. Si esto sucediera, la guerra iniciada se haría interminable, pues no es de esperar que el Emperador de la China, el Hijo del Cielo, el Señor despótico de 380 millones de súbditos, se declare fácilmente vencido por el Mikado; ni que este Soberano, apoyado por un pueblo de 36 millones de habitantes organizados á la europea, que leen periódicos y viajan en ferrocarril, ceda ante las bárbaras muchedumbres del Celeste Imperio. Como quiera, hoy por hoy no es fácil decidir cuál de los dos Imperios lleva la mejor parte en la lucha, ni siquiera cuál es la posición de los dos ejércitos beligerantes. Las noticias que del teatro de la guerra nos llegan son confusas, incompletas y no pocas veces contradictorias. Hay que esperar para poder hablar con pleno conocimiento de causa acerca del resultado probable de la lucha entablada.

E. Ll.